

# EL PERIODISMO EN LA ROMA ANTIGUA

Por LORENZO RIBER  
De la Real Academia Española.

## I

### COMO NACIO EL PRIMER ALBUM

ROMA era, según la definición de Cornelio Tácito, *sermonum avida et nihil reticens*: ávida de rumores y amiga de divulgarlos. El gobierno del mundo llevaba consigo estos gajes. Roma había de temer a muchos porque eran muchos los que la temían. En una atmósfera de recelos prenden los más tristes augurios, como las tinieblas de la noche incuban los miedos veladores. Este ambiente propicio a toda suerte de infundios que envolvía la gran ciudad engendró los propagadores de bulos y los sembradores de alarmas, que ahora llamaríamos derrotistas. El derrotismo había asentado sus reales en el propio Foro. En el Foro nacían y del Foro se expedían cada día los rumores más descabellados: desastradas y misteriosas muertes de personajes conspicuos... que seguían sin novedad en su importante salud; derrotas de legiones... que no habían trabado combate; movimientos de tropas imaginarias que operaban en países fantásticos. Horacio, un día vió nacer uno de estos rumores:

*Frigidus a rostris manat per compita rumor...*

Del Foro se derrama por las calles un rumor que hiela. Todos los que con él topan le preguntan: "Dinos, hijo de la Fortuna, porque a buen seguro tú lo sabes, que estás próximo a los dioses: ¿Qué viste decir de los Dacos...?"

Como las noticias, por lo general, eran malas, alcanzaban mayor fe, porque lo siniestro de las profecías contribuye a su mejor crédito y abono. Roma, para decirlo con una imagen anacrónica, era una antena hipersensible que captaba todos los ruidos de la Fama:

La Fama, un mal, un monstruo que en presteza  
ninguno otro le excede ni le llega.  
Toma valor y fuerzas con moverse,  
y tanto puede más cuanto más anda.  
Pequeña es al principio, porque ha miedo;  
mas luego así por el alto aire se alza,  
que bien que por la tierra, se pasea,  
passa con la cabeza de las nubes,

como interpretó Hernández de Velasco en estos endecasílabos la magnífica personificación virgiliana de la Fama.

Un día, pues, la Fama, espantable bestia de mil ojos despiertos, de mil orejas atentas y de mil lenguas garladoras, abatió sus estridentes alas sobre Roma, pregonera verídica de una calamidad muy grande. Contaba cómo el ejército del cónsul Flaminio caído en celada, había sido destrozado por las huestes de Aníbal junto al lago Trasimeno. La ciudad poblóse de alaridos y el Foro romano de una présaga muchedumbre. Subióse a la tribuna pública el pretor Marco Pomponio, y a la ansiosa y trepidante multitud, sin ambages ni atenuaciones, directamente, brutalmente, comunicó la verdad cruda, sólo verdadera de los pueblos fuertes: "Ciudadanos—les dijo—, *pugna magna victi sumus*": ¡hemos sido vencidos en un gran combate!

Los romanos eran suficientemente robustos para soportar la verdad, cualquiera que ella fuese. Y he aquí el procedimiento que se excogió para hacer noticioso al pueblo de cómo andaban los negocios de Roma.

En los muros de la que llamaban *Regia*, o sea la residencia del gran Pontífice, se colocaba todos los años una plancha esmeradamente blanqueada, a la que dieron el nombre de *Album*. Este, a buen seguro, ha sido cronológicamente el primer álbum. Abalorio tan encumbrado y tan generoso nacimiento tuvo esta degenerada, y enteca, y trivialísima e inoportuna e impertinente familia con quien ahora tropieza uno a cada paso. Este álbum prototípico, en su parte superior, llevaba el nombre de los cónsules y de los magistrados de aquel año. Y cuando acaecía algún suceso, próspero o adverso, en Roma o en las provincias, se consignaba en el solemne álbum pontifical en forma lacónica.

La llamada Casa de Eumaquio, en la Pompeya desenterrada, ostenta aún en sus muros los tableros en los cuales se colocaba la plancha blanqueada, el álbum noticioso. Y una pintura del Museo de Nápoles, de la misma procedencia pompeyana, muestra un corro de lectores leyendo en un álbum con las bocas tan abiertas como los ojos. Sin un gran esfuerzo de imaginación podemos figurarnos un corro mucho más denso que el de los lectores de paredes pompeyanas ante el álbum romano de la morada regia del Pontífice en el día de feria semanal que llamaban *Nundinae*. Este corro, que se renueva a la continua, lee las noticias consignadas en el álbum y las comenta con palabras parcas y con gestos tardos. Son los aldeanos venidos a la gran urbe, endomingados y rasurados. Para ellos, Horacio había de decir:

Dichoso el que de pleitos alejado,  
cual los del tiempo antiguo,  
labra sus heredades, olvidado  
del logrero enemigo.

Pero no, no eran dichosos del todo aquellos aldeanos. Muchos de ellos acaso tenían a sus hijos en las legiones, y les acuciaba muy vivamente saber *quo sit Romana loco res*: en qué situación estaban las cosas de Roma. Roma tenía cosas en todo el mundo. Como el amador de Lálage, la de la dulce risa, la de la dulce habla, el pueblo romano podía decir: "Ponme en los campos ateridos donde árbol ninguno es recreado con estia brisa; lado del mundo que agobian las nieblas y los vientos inclementes... Ponme debajo de la carroza demasiado cercana al sol, en tierra negada a vivienda humana." Siempre el pueblo romano ha estado en estos dos extremos, en que se ha encontrado también hasta hoy la Roma mussoliniana: entre albicantes escarchas de Albania y entre candentes arenas de Libia. Y no cesaba de preocupar a aquellos aldeanos lo que pudieran meditar sañudamente el belicoso cántabro o el escita, ni el perezoso curso de la fiera guerra